

SIMON.

Ea, Doloritas.... deme usted el brazo.... ó, por mejor decir, tome vd. el mío.... Y por Dios que bajemos muy poco á poco.... D. Pedro ahí tiene á Carmen.... Y tú, buena alhaja, cierra la retaguardia.

PEPE.

(Aparte.) (Hasta eso.... Me quedé para paje de cola.)

DOLORES.

¿Pero para qué se quiere incomodar?

SIMON.

No, por cierto.... en mis tiempos esto es lo que se usaba. (Vanse en la forma dicha.)



ACTO SEGUNDO

ESCENA I

SINFOROSA POR EL FORO.

¡Ay Jesús....! ¿Pues dónde están....? ¿Pues qué les ha sucedido....? ¿Moverse mi amo de su poltrona sin llamarme para que lo conduzca....! Pues no había hecho otro tanto desde el año del cometa.... ¡Malditos temblores; en esto habían de parar! ¡Cuando digo yo que se acerca el fin del mundo....! Pero ahora que me acuerdo, si también se habrá ido la niña vergonzante.... la que estaba esperando en ese gabinete.... Veamos.... ¡Virgen de Covadonga, si también se fué....! Y quizá con el amo.... No hay duda, aquí hay gato encerrado... Aquí hay gatuperio.... Este eclipse total de los habitantes de esta casa, me ha dejado completamente á obscuras.... esto es, me ha dejado sin poder ati-

nar con él, porque de lo que me está pasando.... ¡Es cosa de volverse loca....! Pero vamos, vamos, Sinforosa, aquietate por Dios, tranquilízate, toma un polvo y ten un poco de reflexión.... Quizá no será tan grande el daño como te parece á primera vista.... (Toma un polvo.) ¡Éxcelente cucarachero! Como que me lo dió un padre del Carmen. (Estornuda.) ¡Dominus tecum....! Y como iba diciendo, el amo no puede estar todavía lejos.... Teniendo que andar á paso de convoy.... Y con una escalera tan resbaladiza como la nuestra.... Atisvemos.... (Se asoma por la puerta por donde salieron.) ¿No lo dije yo....? Hablando están en el zaguán.... Y aquella voz es la del amo.... Si pudiera olfatear.... Pero ésta que sube, ¿no es Nicolasa la cocinera? Sí.... y ella al pasar debe haber oído algo de la conversación.... Nicolasa, Nicolasa.... Sube aprisa.... Despacha.

ESCENA II

NICOLASA CON UN CESTO EN LA MANO, Y DICHA.

NICOLASA.

Condenada escalera.... Si ya no puedo más.

SINFOROSA.

Anda, mujer, que pareces consejero.

NICOLASA.

¿Mande usted?

SINFOROSA.

Que eres capaz de quemar una cama de gusanos con tu pachorra.

NICOLASA.

Si usted hubiera subido cincuenta y cuatro escalones sin tomar resuello....

SINFOROSA.

Bueno, bueno.... Ahora lo que me urge es que me digas lo que traes de nuevo.

NICOLASA.

Lo que hacía falta... Colinabos, chiribús.

SINFOROSA.

No digo eso, animal.... Sino que me cuentas lo que has visto....

NICOLASA.

¡Ah! En efecto, vi allá en la plaza un señor que enseñaba un bicho que tenía tres rabos....

SINFOROSA.

Cinco has de tener tú, según lo estúpida que eres.... Mira, mujer, lo que á mí me interesa saber, es lo que observaste.... Ahora cuando atravesaste por el zaguán.

NICOLASA.

¿Conque yo atravesé el zaguán?

SINFOROSA.

Preciso.... ¿No está allí el amo?

NICOLASA.

Ya se ve que está.

SINFOROSA.

Hablando con una....

NICOLASA.

Y también están los niños.

SINFOROSA.

Por supuesto.... Pero el amo está hablando con una....

NICOLASA.

Quien estaba charlando con el amo era D. Pedro.... Ese vecino de enfrente que tiene una portera bizca....

SINFOROSA.

Oiga, pues no sabía que había venido ese tal D. Pedro....

NICOLASA.

Y que también tiene una sobrinita muy chula....

SINFOROSA.

Sí.... Dicen que no es mal parecida....

NICOLASA.

Que es, precisamente, la niña que tenía el amo agarrada ahora de la mano....

SINFOROSA.

¡Cómo...! ¡Qué estas diciendo!

NICOLASA.

En ademán de querérsela besar....

SINFOROSA.

¡Nicolasa!

NICOLASA.

O de santiguarse con ella.

SINFOROSA.

Eso es mentira.

NICOLASA.

¡Mentira...! ¡Ay, Da. Sinforosita! ¿No sabe usted lo adelantada que está la cosa?

SINFOROSA.

¿Qué cosa? ¿Qué cosa?

NICOLASA.

Yo, la verdad.... si lo siento es por usted, que acostumbrada por tantos años á mandar en casa....

SINFOROSA.

Pero, ¿qué cosa, qué cosa es esa que está tan adelantada....?

NICOLASA.

Por lo menos.... Si no miente la portera de

D. Pedro.... que es la que me lo ha contado todo....

SINFOROSA.

¿Acabarás, bachillera?

NICOLASA.

Y la que me llamó al pasar ahora por delante de su puerta.

SINFOROSA.

Oye, Nicolasa, si no quieres que te rompa la cabeza con esta silla, dime pronto qué cosa es esa que está tan avanzada, que te ha contado esa infernal portera de D. Pedro, y la que, según parece, te has propuesto tú que yo la vaya tragando gota á gota, como si fuera bebida antiflojística.

NICOLASA.

Toma.... Pues si lo quiere usted saber de sopetón.... sepa usted....

SINFOROSA.

¿Qué!

NICOLASA.

Que el amo se casa.

SINFOROSA.

¡Bribona!

NICOLASA.

Con la sobrinita de D. Pedro....

SINFOROSA.

¡Calumniadora!

NICOLASA.

D. Pedro gritó á su portera desde el zaguán de casa, que fueran á buscar el notario, y ya ve usted lo que esto indica.

SINFOROSA.

Querrá hacer su testamento.

NICOLASA.

No tal.... No tiene D. Pedro cara de querer hacer su testamento.... Todo lo contrario.... Le rebosa la alegría, y estoy por jurar.... que cuando subía yo el primer tramo de la escalera, oí que llamaba á D. Simón sobrino.... Conque así, ate usted cabos.

SINFOROSA.

Eres una deslenguada.

NICOLASA.

¡Yo!

SINFOROSA.

Anda, quítate de mi presencia, y la primera vez que te atrevas á insinuar siquiera que el amo se puede volver á casar....

NICOLASA.

¿Pero acaso se lo aconsejé yo?

SINFOROSA.

A la cocina... Márchate á la cocina... Charlatana... Parlanchina....

NICOLASA.

¡Señora....!

SINFOROSA.

Quita créditos....

NICOLASA.

Me iré, me iré.... No se enfade usted. (Aparte.) No le queda mal hueso que roer. (Vase.)

SINFOROSA.

Y no olvidés lo que te digo.... La primera vez que vuelvas con semejantes despropósitos... (Se va tras ella muy colérica.)

ESCENA III.

D. SIMON, D. PEPITO Y CARMEN.

SIMON.

Por Dios, Carmen, acércame esa poltrona.... que ya no puedo dar un paso.

CARMEN.

Aquí está.... Siéntese usted.... Con cuidado....

PEPE.

Recuéstese usted.

SIMON.

(Después de un momento de silencio.) Y bien, hijos míos....

CARMEN.

¡Cosa más rara! ¿Y qué, tío, será posible que sea usted á quien ella ame?

SIMON.

Hay hija mfa.... Creerás que empiezo ya á temérmelo.... ¡Y hazme entonces el favor de decirme si no soy bastante desgraciado!

PEPE.

Yo sí que soy desgraciado, y mil veces más que usted.... porque no sólo me han plantado por otro.... que eso sucede todos los días.... sino que me han plantado por un tío abuelo.

SIMON.

Mira tú las consecuencias que pueden tener tus locuras, y tus atolondramientos.... Casar á tu tío, setentón, con una chica de dieciocho años.... Y como una plata....

PEPE.

¿Y qué, tío, se casará usted al cabo con ella? ¿Tendrá usted valor para....?

SIMON.

Pero maldito, ¿cómo quieres que yo lo evite? Tú mismo has pedido la mano de Dolores para mí; el tío consiente.... Ella me adora.... Vamos, todo se ha reunido para arruinarme.

PEPE.

¿Qué importa eso? Usted debe volverse atrás, retirar su palabra.... ¡Dios mío!, ¿por qué no la habré yo dejado que se casara con el Marqués.

CARMEN.

Eso es, para que Dolores fuera todavía más desgraciada....

PEPE.

Tanto mejor.... Así me echaría, siquiera alguna vez, de menos.... Y no que casándose con el tío.... Como tiene ese carácter de almíbar, cada día le irá queriendo más, y acabará por ser dichosa con él.... ¡Qué consuelo me quedará á mí entonces! ¡Ah! No, tío de mi vida, por la Virgen Santísima que falte usted á su promesa.... Con dos líneas que escriba usted á D. Pedro....

SIMON.

Sobraré, á la verdad, con ello, para deshonrarme y cubrirme de ridículo.... No, hijos míos, á vuestra edad queda siempre tiempo para reparar cualquier falta que se cometa; pero á la mía es menester cuidar mucho de no cometer ninguna, porque está uno siempre con el pie en el estribo, y no es cosa de dejar este murdo con deudas atrasadas.

ESCENA IV.**DICHOS, Y SINFOROSA****SINFOROSA.**

¡Vaya! ¡Vaya! ¡Y cómo traigo la cabeza! Lo mismo que la farola de la retreta.... Creeré usted, señor, que la portera de D. Pedro ha tenido el atrevimiento de contar á nuestra cocinera.... y que ésta ha tenido la sandez de repetirme.... que usted iba.... á.... ¡Ay! Ni siquiera quiero tomar en boca el condenado del verbo.... Pero he dicho á Nicolasa una sarta de desvergüenzas, que ya.... ya.... bonita la he puesto para que no venga otra vez á insultarme.

SIMON.

Pero ¿quién te mete á tí....?

SINFOROSA.

Sí, señor.... que yo no puedo consentir que en casa se tengan semejantes conversaciones.... A veces una palabra imprudente nos sugiere una maldita idea.... y.... así, la he dicho, que si algún día sé yo que sueña siquiera con que usted se ha vuelto á casar, aquel mismo día se la despido y se la planta en la mitad del arroyo.... ¿No es verdad que he hecho bien?

SIMON.

No, por cierto, que has hecho muy mal.

SINFOROSA.

¿Y por qué?

SIMON.

Porque la pobre no ha dicho más que la verdad.

SINFOROSA.

¡San Nicudemus! ¿Conque es cierto que se vuelve usted á casar?

SIMON.

Mirad, hijos míos, aunque no os lo decía, este episodio es lo que más miedo me metía de toda la historia.

SINFOROSA.

Despedirme, arrojarme de su casa después de cuarenta años de buenos servicios... pues que á esto equivale el traerme ahora otra mujer que mande en ella lo que yo mandaba.... ¿Y piensa usted que le dejaré cometer tamaña injusticia? No señor.... Primero nos han de oír los sordos.... y antes soy yo.... y vuestros sobrinos.... y....

SIMON.

¡Sí, mis sobrinos! Ellos son precisamente la causa de todo.

PEPE.

Sí, Sinforosa, nosotros tenemos la culpa.... Así, no hablemos más de lo pasado; ocupémo-

nos únicamente en reparar el mal.... Si se nos ocurriera algún medio....

SINFOROSA.

Pues no se nos ha de ocurrir.... Ni digo yo un medio, aunque fueran ciento... Qué... ¿Hemos de dejar á su tío de usted que se exponga á la rechifla y á los sarcasmos de todo el mundo? ¿Hemos de permitir que se lo lleven á casar en palanquín?

SIMON.

Ya sé yo que se van á reír á mi costa ociosos y maliciosos; pero he empeñado mi palabra, y vale más que me tengan por un estravagante, que no por un pillo.

CARMEN.

Pero, ¿y si pudiéramos conseguir que Dolores ó su tío fueran los primeros que se desdijesen?

SIMON.

¡Oh! entonces tanto mejor para mí.

CARMEN.

Podía usted, por ejemplo, fingir con ella que tenía usted mal carácter.... Que era usted violento, gruñón, celoso.... Quizá se asustaría con esto.... y....

SIMON.

Bueno, si queréis me pondré hecho un Lucifer. (Con dulzura.)

PEPE.

No podrá usted.... Y le conocerían á usted antes de tres minutos, que todo era fingido.... ¿Cuándo ha sabido usted nunca engañar á nadie?

SINFOROSA.

Ese es un Evangelio.... Y de ahí quizá proviene todo lo que nos está sucediendo.... ¡Dar á los setenta años de su edad una palabra de casamiento! ¡Qué locura! ¿Se debe acaso prometer jamás lo que no se puede cumplir?

SIMON.

Te repito que no hablemos más de eso.... No ves, mujer, que con tus exclamaciones y lamentaciones nos impides el deliberar? A mí me ha venido en este mismo instante una idea muy luminosa.

PEPE.

¿Para deshacer su boda de usted?

SIMON.

Sí, hijo mío.

PEPE.

Dígala usted, dígala usted.

SIMON.

Ello es cierto, por más que diga lo contrario Doloritas, que ella no me puede amar mucho.... Desgraciadamente, Pepe, también lo es que no

te ama á tí nada.... Pero ni uno ni lo otro quita que no pueda amar, sin que nosotros lo sepamos, á un tercero en discordia.

SINFOROSA.

(Con prontitud.) En efecto, pondría mis manos en el fuego á que ama ya ese tercero en discordia.

PEPE.

¿Cómo es eso? ¿Qué dicen ustedes? ¡Dolores amaría á otro....! Si tal supiese, tío, esté usted seguro de que la cosa no se pasaría tan sosegadamente como se ha pasado cuando estaba usted de por medio.

SIMON.

Déjame, por Dios; que concluya mi raciocinio.... No digo yo precisamente que la muchacha ame ya á ese otro, sino que quizá si le proporcionásemos el conocimiento de algún jovencito, bonituelo y vivaracho que le cayera en gracia, y á quien le pudiera yo ceder después todos mis derechos.... ¿Sabes, Carmen, como quién decía yo? Un muchachito así.... Por el estilo de tu D. Miguelito.

CARMEN.

Eso es.... No me faltaba más; írsele á usted á ocurrir ahora D. Miguelito!

SIMON.

Tampoco me entiendes.... Quería yo indicar únicamente....

PEPE.

No señor, no señor. Esa idea no me conviene... Y si usted me apura, es peor el remedio que la enfermedad.... Para procurar á Dolores un joven que la adore, y por quien se le vaya á ella la chaveta, vale cien mil veces más que se case con usted.

CARMEN.

Por mi parte lo prefiero con tercio y quinto.

PEPE.

Y también yo, suceda después lo que suceda.... Siempre me quedará el consuelo de que todos seremos desgraciados.

SINFOROSA.

Pero niños.... Pero señor....

SIMON.

Ya lo ves, Sinforosa.... Los dos se han pronunciado contra nosotros.

PEPE.

Por supuesto. Que venga ahora la pérdida cuando quiera... Me es igual; completamente igual.

SIMON.

¡Ay Dios, que se me había olvidado! ¡Y el tío que me amenazó con que iba á volver al instante con el notario, la novia y toda la comparsa! Pues yo no los puedo recibir en este pelaje.

SINFOROSA.

Está visto.... ¡No quieren dejar respirar á su víctima!

SIMON.

¿Qué casaca me pondré, Sinforosa? ¿Te parece á tí que me ponga la negra?

SINFOROSA.

No señor.... no es color el negro que alegra la vista.... Y luego será bueno reservar esa casaca por si acaso se lleva Dios á la señora un poquito antes que á usted.

SIMON.

¿Pues cuál me aconsejas tú?

SINFOROSA.

Ay Don.... Ya que es preciso, póngase usted lá de color de ala de mosca con sus correspondientes guantes blancos y el fatal ramillete en el segundo ojal.

CARMEN.

¿Qué estás diciendo? No hay necesidad de llevar ramillete para firmar el contrato.

SINFOROSA.

Sí, señora, que la hay.... ¡Si lo sabré yo que he sido casada las siete veces que lo permite nuestra santa madre la Iglesia! Y también le pido á usted que no se encasquete ese horrible sombrero que lo sea mi ama de gobierno, que siempre lo

cesión del Corpus, y que le hace á usted representar diez años más de los que tiene.

PEPE.

(Bajo á Sinforosa.) Al contrario, déjalo que se lo encasquete.... ¡Qué te importa á tí!

SIMON.

Vamos, Sinforosa.... y Dios nos saque con bien de este horrible lance.... ¡Ah! Quién me había de decir esta mañana cuando abrí los ojos, lo que he visto ya.... Y lo que me queda todavía que ver con ellos.

ESCENA V.

CARMEN Y D. PEPITO.

PEPE.

¿Conque se va á vestir de novio? ¿Conque tan luego como llegué ella con el notario se procederá á leer y á firmar el contrato. Lo que quiere decir, que dentro de algunos minutos ya no habrá esperanza para mí.... ¡Qué desventurado soy!

CARMEN.

¿Pues no decías ahora mismo que no se te daba nada?

PEPE.

Oh, sí.... eso se dice siempre; mas mira, her-

mana, lo más terrible del caso es, que Dolores dice que me detesta; que yo digo también que la detesto, y que, sin embargo, estoy seguro que los dos nos amamos como dos pichones torcacos.... Pero ella no lo confesará nunca, por supuesto, y es capaz de casarse con el tío, tan sólo por hacerme rabiar.

CARMEN.

Espera.... ¡Hubiera quizá todavía un remedio!

PEPE.

Ay Carmen de mi vida.... ¡Cuánto te quiero....! Dime presto ese medio.... Dímelo.... Ya sabes que siempre que has estado reñida con D. Miguelito....

CARMEN.

Sí, sí, siempre que he estado reñida con D. Miguelito, lo que has hecho tú ha sido darle la razón, porque los hombres se sostienen siempre mutuamente.... Pero no importa.... Y me parece que mi medio se ha de lograr.... Lo que únicamente tenemos ahora que hacer, es concertarnos con el tío, para que por su parte represente bien el papel que le toca.

PEPE.

No, por cierto, yo no soy de opinión de que hagamos entrar al tío en el complot.... Es menester que empecemos por engañarle; de lo contrario, nos echará abajo con sus cosas todos nuestros planes.

CARMEN.

Como quieras.... Esto trastorna un poco lo que tenia pensado; pero cambiaremos las baterias, y al cabo resultará lo mismo.... Vente tú ahora conmigo, que ya me parece que oigo ruido en la escalera, y puede que sea la novia con su comitiva.

PEPE.

No lo creas que yo me vaya contigo.... Quiero presenciar la entrevista.

CARMEN.

Eso sí que no puede ser.... Para salir adelante con mi proyecto, se requiere que tú no estés aquí.

PEPE.

(Titubeando.) Sabes lo que digo, Carmen.... Que me temo que tu proyecto no valga nada.

CARMEN.

Y yo te respondo del éxito, con tal que me sigas y que me obedezcas. (Se van por el foro.)

ESCENA VI

D. SIMON MUY COMPUESTO, Y
CON EL RAMILLETE, Y SINFOROSA.

SIMON.

¿Crees tú que había oído ruido y temí que no fuera ya mi mujer?

SINFOROSA.

(Suspirando.) No señor.... Todavía no ha llegado su mujer de usted.

SIMON.

¡Mi mujer! Qué dolor de estómago me da cuando pronuncio esta palabra.... No sé dónde he puesto los guantes.

SINFOROSA.

(Llorando.) Aquí los tiene usted.

SIMON.

Vamos, mujer, no llores.... Cuando un mal no tiene remedio, es menester resignarse. ¡Pobre Sinforosa! (Se enjuga las lágrimas y la abraza.)

SINFOROSA.

(Sollozando.) Ojalá que sea usted muy dichoso, pero por más que hago no puedo figurarme de que esto pueda acabar en bien.

SIMON.

¿Y por qué no? ¡Ella es de un carácter tan dulce!

SINFOROSA.

¡Pero es tan joven! Ya verá usted, amo mío, cómo le sucede á usted algo.

SIMON.

Lo que es por ese lado, maldito el cuidado que tengo.

SINFOROSA.

Pues á mí cabalmente es el lado que me asusta.... Es usted tan confiado.

SIMON.

Cállate, que ya están aquí.

ESCENA VII.

DOLORES DE NOVIA, D. PEDRO,
UN NOTARIO, Y DICHOS.

PEDRO.

No dirá usted, sobrino mío, que le he hecho esperar.... Y le traigo á usted ya el notario... De este modo, y antes que empiecen á llegar los parientes y testigos, podremos, si á usted le parece, ponernos de acuerdo sobre los principales artículos.

SIMON.

Encárguese usted de ese cuidado.... Pasaré por cuanto usted haga. (Bajo á Sinforosa.) ¡Repara, Sinforosa, qué aire tan decente y tan modesto....! ¿Sabes que mi mujer es muy bonita?

SINFOROSA.

¡Qué salida ésta de pie de banco....! ¡Ocurrírsele ahora semejantes tontunas!

PEDRO.

¿Qué, amigo mío, no quiere usted asistir á la redacción del contrato?

SIMON.

Desearía, entre tanto, tener con mi futura dos minutos de conversación.

PEDRO.

Nada tiene de particular.... y aun es muy natural ese deseo.... (Al notario.) Entraremos en ese gabinete, y allí despacharemos en un santiamén. (A D. Simón.) Le dejo á usted, pues, á solas con la novia.... Ya ve usted si tengo confianza en usted.

SIMON.

Haré por justificarle.

PEDRO.

¿Tiene usted, ahí á la mano, sus documentos, su fe de bautismo?

SIMON.

Todo lo hallará usted en regla en un cajoncito de ébano que está sobre la mesa, y que tiene un rótulo que dice:—Papeles de familia.

SINFOROSA.

¡La fe de bautismo!

SIMON.

Sí, es necesaria.

SINFOROSA.

¿Para qué? Ya sabemos todos que es usted mayor de edad.

(D. Simón la hace señas que se vaya: Sinforosa lo hace murmurando entre dientes, y después de haberle exhortado, también por señas, á que no se case, D. Simón la dice que puede estar tranquila y fiarse en él.)

ESCENA VIII.

D. SIMON Y DOLORES.

SIMON.

He procurado, señorita, que nos quedemos aquí solos, porque quería preguntar á usted, si después que se ha dignado concederme su mano, ha reflexionado usted bien sobre este paso?

DOLORES.

Sí, señor. (Suceda lo que suceda, no seré yo la que me desdiga.)

SIMON.

(¡Qué obstinada es! y me temo que por más que haga....) Me parece, sin embargo, que tiene usted los ojos encarnados. ¿Qué ha llorado usted? Escuche usted, querida mía, si por ventura ha cambiado usted de idea, dígamelo usted.... No sienta usted la pesadumbre que me pueda dar.

DOLORES.

¿Quién? ¿Yo? ¡Cambiar yo de idea! Titubear.... No, no señor; conozco demasiado sus buenas cualidades de usted para....

SIMON.

No digo que no tenga yo alguna de esas buenas cualidades que usted cree, Doloritas, pero lo malo es que las tengo hace ya mucho tiempo... y en este pícaro mundo se encuentran á cada paso una multitud de cosas excelentes que no valen nada, sin embargo, tan sólo por su fecha.... Así, respóndame usted con franqueza.... sin recelo ninguno; como si se lo dijera usted á un loro.... ¿Es verdad que usted no me ama y que....?

DOLORES.

Cómo puede usted figurarse que yo no he de agradecer esa dulzura, esa bondad con que usted me trata.... yo que he sido tratada siempre por mi familia con una severidad, con un desdago....

SIMON.

Ya; pero agradecer no es amar.... Acuérdesse usted de que hay una comedia con este título.... Y luego mis años.

DOLORES.

¡Sus años de usted! Ni siquiera me he acordado yo de ellos.... Me ha sido mucho más grato emplearme en contar sus virtudes de usted...

Además, no conozco otro medio de manifestarle mi gratitud, que el de embellecer sus últimos días con mis conatos, con mi deferencia, con mi ternura....

SIMON.

(Aparte.) ¡Excelente muchacha! Y no hay duda que considerado así el matrimonio, nada tiene que espante.... ¡Y yo que me quejé siempre de que me dejan solo á todas horas!

DOLORES.

Seré su hija adoptiva de usted.... No me separaré nunca de su lado.

SIMON.

¡Nunca....! Pues señor, á medida que contemplo este enlace más de cerca, me parece menos ridículo.... A mi edad es cuando más falta le hace á uno el tener una amiga, un guía, un apoyo.... Y partiendo de este juicio, no cabe duda que me ha de ser mucho más agradable el que usted sea la que me acompañe y cuide, que no el que sea mi ama de gobierno que siempre lo hace respingando y gruñendo.... De ahí que, si yo no recelara de alguna inclinación secreta....

DOLORES.

Oh, no señor.... Ya no tengo ninguna, ni volveré á tener en mi vida.... y una de las razones principales que me deciden á casarme con usted, es.... (A media voz.) Es porque yo no quiero amar á nadie.

SIMON.

Y si algún día echase usted de menos....

DOLORES.

Nada, nada me queda ya que echar de menos....

SIMON.

¡Ah! Entonces empiezo á esperar....

DOLORES.

(Y yo á temblar.)

SIMON.

Que á pesar de mi edad.... Vamos, Doloritas, me confío en usted.... Entremos en el gabinete y firmemos.

DOLORES.

¡Tan pronto!

SIMON.

Sí, sí; deme usted la mano.... ¿Pero por qué tiembla usted?

DOLORES.

¡Yo!

SIMON.

¿Tendría usted que decirme todavía algo?

DOLORES.

No, señor.... (¡Ah! Ya sería demasiado tarde.) Vamos cuando usted guste.

ESCENA IX.

DICHOS Y CARMEN

CARMEN.

¡Que ha salido de puntillas por la izquierda, y hace ahora como que entra corriendo por el foro.) ¡Tío, tío! ¡Ay tío de mi vida, y qué desgracia tan grande!

SIMON.

¿Qué es eso? ¿Qué es lo que ha sucedido?

CARMEN.

Que Pepe.... Que mi hermano se nos va. (Fingiéndose que llora.)

SIMON.

¡Cómo!

DOLORES.

¡Cómo!

CARMEN.

Como ustedes lo oyen.... Viendo que usted iba á casarse al cabo con la que él adoraba.... con la que él no ha dejado un momento de adorar, no ha podido soportar la idea de que su tío había sido su rival, y acaba de sentar plaza.

SIMON.

¡Sentado plaza!

CARMEN.

En un regimiento de dragones.... Dentro de una hora saldrá de Madrid, con otros reclutas, para Zaragoza....

SIMON.

¡Qué desatino! ¡Qué locura! ¡Cielos, y esta pobre muchacha! (Reparando en Dolores, que se ha dejado caer sin sentido en una silla.)

CARMEN.

Y bien, ¿qué le ha sucedido á la novia?

SIMON.

No me faltaba más que eso. ¡Sinforosa! ¡Sinforosa! ¡Trae un frasco de agua de Colonia! ¡Vinagre de los cuatro ladrones... Alkali volátil.... ¡Nadie responde! Todo el mundo está sordo.... Será preciso que yo mismo vaya y.... (Vase.)

CARMEN.

Yo conozco mejor específico.....—¿Pepe? ¿Pepe?

ESCENA X

D. PEPE, CARMEN, DOLORES.

PEPE.

¡Qué veo! ¡Dolores mía! (Corriendo y arrojándose á sus pies.)

DOLORES.

¡Pepe! ¡Ah! ¡Ya no te volveré á ver más! (Con voz débil.)

PEPE.

Sí, vida mía, aquí me tienes.... ¡Mírame!

DOLORES.

¡Será posible! ¿Eres tú, Pepe?

PEPE.

Sí, yo soy, y no me alzaré de tus pies hasta que hayas pronunciado mi perdón. Mi hermana ha imaginado esta estratagema para intentar salvarme; pero si no me vuelves tu cariño, ¡oh! entonces he tomado mi partido, y te juro que sabré hacerme matar.

DOLORES.

¡Pepe! ¡Carmen!

CARMEN.

Vaya, perdónale, mira que te ama á tí sola y lo mismo que antes.

DOLORES.

¿No me engañas?

PEPE.

¿Y tú, no me has olvidado, no es verdad?

DOLORES.

No, no lo he podido por más que lo he deseado.

La coje la mano y se la besa con transporte: en este momento salen del gabinete D. Pedro y el notario, y por el foro Sinforosa con un frasquito en la mano.)

PEPE.

¡Ah! ¡Qué feliz soy!

PEDRO.

¿Qué significa esto?

SINFOROSA.

¡Válgame Santa Polonia! ¡Un joven á los pies de la novia!

DOLORES.

¡Tío! (Dolores se levanta de la silla y corre hacia donde está su tío, y Sinforosa se deja caer en la silla en que estaba Dolores.)

SINFOROSA.

¡Qué escándalo! Si le decía yo bien á mi amo, que le sucedería algo. ¡Ay de mí!

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, Y D. SIMON CON OTRO FRASCO.

SIMON.

Aquí estoy, aquí estoy. Y bien, ¿ha vuelto ya....?—Huela usted, hija mía, huelo usted...

—¿Cómo! Eres tú, Sinforosa.... Habrá puerca.... ¿A tu edad te desmayas todavía?

SINFOROSA.

No, que no me desmayaré habiendo visto lo que he visto... Sepa usted que ahora mismo... Aquí, en este mismo sitio....

PEPE.

¡Quieres callar!

SINFOROSA.

¡Cómo! ¡Que me calle! Que me calle, cuando está el honor de mi amo de por medio.... Imagínese usted, señor, que estos chicos se aman todavía.... Que lo he oído con estos oídos... Si, señorita, lo he oído.... No será á mí á la que se intente engañar.

SIMON.

¡Con que se aman todavía! Y yo.... Yo he podido hacerme un instante ilusión.... Para qué sirve, pues, vivir setenta años?

SINFOROSA.

Ya sabía yo que se había de enfurecer usted al considerar....

SIMON.

¡Enfurecerme yo, y estoy fuera de mí de gozo! Venid, venid, hijos míos, y abrazadme.... Ahora, Dolores, no podrá usted desdecirse, porque tenemos testigos que deponen.... Sr. D. Pe-

dro, ya sabe usted nuestras convenciones.... He prometido firmar el contrato y lo firmaré; pero no será como novio, sino como tío y padre.... ¡Caramba! De la que escapó.... ¡Si me volvieran á atrapar....!

DOLORES Y PEPE.

¡Tío querido! ¡Tío!

SIMON.

Ese es el título que me corresponde, y el único que conviene al que tiene setenta....

CARMEN.

Tío, ¿y D. Miguelito?

SIMON.

Deja que le apunte la barba, y hablaremos. (A bien que con ese no me han de querer casar.)

SINFOROSA.

(Enjugándose una lágrima.) Bendito sea Dios que no queda en casa ningún sobrino soltero.

SIMON.

Y aunque los hubiera, Sinforosa, nada tenías que temer.... A mi edad no se llevan calabazas dos veces.... Por poco que uno mismo no sea una calabaza.... Vamos, hijos míos, á firmar el contrato.... Dolores, dé usted el brazo á su tío. (A Pepe que quiere tomar el otro.) No, no, déjame este libre, para que os pueda echar mi bendición.